

Peregrinación de Comunión y Liberación a la con-catedral de Soria con motivo del Jubileo extraordinario de la Misericordia

Sábado, 1 de octubre de 2016

Homilía de Ignacio Carbajosa en la Santa Misa

1. Sólo ante la misericordia reconocemos nuestros pecados

Durante el último Meeting de Rímmini tuve la oportunidad de ver una Exposición dedicada a las cárceles del APAC. Se trata de una asociación cristiana que sostiene varias cárceles en Brasil sin policías ni armas. ¿Por qué no huyen los presos de esas cárceles – algunos de ellos con un tremendo historial criminal a las espaldas y numerosos intentos de fugas? Ésta es la pregunta que dirigió un periodista a un preso especialmente peligroso. Su respuesta fue: «porque del amor no se huye».

Nosotros podemos mirar nuestros delitos, nuestro pecado y mezquindad, porque nos ha alcanzado una historia particular de amor, de abrazo, mucho más grande que nuestro mal. Por eso no hemos querido ahorrarnos este camino penitencial hasta la puerta santa, recordando y reconociendo nuestra mezquindad, ese «no buscarle día y noche». Cuando no reducimos nuestro mal podemos darnos cuenta de las dimensiones de la misericordia, de la novedad de su misericordia *hoy*, no ayer o al principio del camino. Y entonces nos llenamos de asombro ante Él: «Pero, ¿cómo? Con todo lo que he hecho y sigo haciendo, ¿tienes todavía piedad de mí, Cristo?». ¡Qué conmoción! «Del amor nadie escapa».

2. ¿Cómo responde Él a nuestra necesidad?

¿Cómo responde el Señor a nuestra situación de postración? ¿Simplemente hace la vista gorda, se tapa la nariz y mira para otro lado? Si así fuera no saldríamos de nuestra postración, nuestra libertad no encontraría energía para moverse ¿Cómo desafía nuestra libertad?

Giussani nos lo muestra de una forma conmovedora, identificándose con la figura de María Magdalena que lava los pies a Jesús: «De repente el sentido de la vida se embota; y el círculo se cierra, fríamente, en torno a nosotros: egoísmo... Ya no se busca a la persona, la única por la cual el alma se rompe y se abre, se dona. Se sacrifica... La Magdalena rompió el vaso de alabastro: ‘desperdió’ el perfume, lo donó. Todo don es pérdida. Amar verdaderamente a una persona parece como un desperdicio de nosotros mismos, de energías, de tiempo, de cálculo, de cuentas, de gustos. Los demás, ante el gesto de la Magdalena, menearon la cabeza: ‘¡Loca! ¡Sin criterio! ¡Sin interés!’ . Pero en aquella sala solo ella ‘vivía’, porque solo se vive si se ama [...]. Ese abrirse a otros, a los demás, a todos los demás, a través de la cáscara rota del propio yo; normalmente hay un **rostro** que tiene la **función** de **romper la corteza de nuestro egoísmo**, de mantener abierta esta maravillosa herida, un rostro que es el que suscita y estimula nuestro amor; nuestro espíritu siente florecer su generosidad entrando en contacto con él, y a través de ese rostro se dona, en oleadas, a los demás, a todos los demás, al universo» (Apuntes manuscritos de don Giussani, en *Luigi Giussani. Su vida*, Encuentro, Madrid 2015, p. 155).

Lo sabemos por experiencia, no hay otro camino: «(...) un rostro que tiene la función de romper la corteza de nuestro egoísmo». Solo este rostro tiene la capacidad de desafiar nuestra libertad, de levantarla de la postración hasta (¡gran misterio!) dar la vida, hasta desperdiciarla por completo, como la Magdalena. Para abrir una grieta en la corteza de María, Dios no usa la violencia. Es un rostro lo que suscita y estimula su amor. Lo

único adecuado para desafiar la libertad de aquella mujer es una mirada. Ese rostro, esa mirada llena de misericordia, es el culmen del testimonio de Dios, es su ternura por nosotros. Cristo responde a nuestra necesidad ilimitada plegándose a pasar a través de la libertad. A nosotros nos corresponde acoger su misericordia incondicional, que puede llegar a través de la persona que uno menos se esperaría.

3. Sin misericordia no hay camino posible

Si Él no tomara la iniciativa con nosotros una y otra vez, no existiría la posibilidad de un camino. En una relación no existe camino sin la misericordia. Lo sabemos muy bien: ninguna relación tendría posibilidad de durar sin perdonar y sin ser perdonados. Y si cada uno de nosotros no se deja abrazar de nuevo, si no se deja perdonar de nuevo, no seremos capaces de abrazarnos y de perdonarnos solos.

Permitidme una nota personal. En el umbral de los 50 años me doy cuenta de que la misericordia no es el *bonus* que se me concede cuando, de forma extraordinaria, me salgo del camino, de modo que vuelva a él (una percepción que es fácil que se dé cuando uno tiene 20 años). La misericordia es *la* condición del camino, precisamente porque que me salga del camino es bastante ordinario. Y así el problema de la vida no es la coherencia (alcanzar una talla) sino una relación, la relación con Aquel que me sostiene en este instante. Y para salir de la trampa de la coherencia es necesario que delante de nosotros haya algo más interesante que mirar que nuestro ombligo o que llorar nuestra incoherencia. ¡Y lo hay, esta es la gran noticia, hay algo mucho más grande que nuestra mezquindad!

Así nos lo recuerda don Giussani: «Dios se dirige a la creatura que es nada y le dice: “tengo piedad de tu nada, te amo, es decir, te elijo y por ello te doy el ser, te doy la vida”» (L. Giussani, *Tu [o dell'amicizia]*, pp. 102-103). «Dios se ha conmovido por nuestra nada. No sólo esto: Dios se ha conmovido por nuestra traición, por nuestra tosca pobreza, olvidadiza y traidora, por nuestra mezquindad. Dios se ha conmovido por nuestra mezquindad, que es más aún que estar conmovido por nuestra nada. “He tenido piedad de tu nada, he tenido piedad de tu odio hacia mí. Me he conmovido porque tú me odias”, como un padre y una madre que lloran de conmoción por el odio de su hijo, determinados por el deseo del bien de su hijo, del destino del hijo» (L. Giussani, *¿Se puede vivir a así?*, Ediciones Encuentro, Madrid 2009, p. 241).

Es necesario mirar esta relación que nos precede y que es real: nos sostiene en este instante. Y se ha hecho carne y ha dado la vida, conmovido, por cada uno de nosotros. Mirar una y otra vez este rostro es la gran decisión para la existencia. Y esto está a la altura de cualquiera. Por eso Julián se pregunta maravillado, «¿cómo es posible hacer el camino sin volver al sí de Pedro?». Es decir, sin volver a una Presencia que me mira con simpatía. Sin Presencia no hay moralidad. “Yo soy Tú que me haces, yo soy Tú que me atraes”. No hay objeción real a esta mirada. Sólo el escepticismo, es decir, la mentira, llegar a afirmar: «no me ha mirado».

4. Misión

Ahora podemos entender mejor la afirmación sintética de don Giussani: «El mundo fue conquistado para el cristianismo, en última instancia, por esta palabra que lo resume todo: “misericordia”» (L. Giussani-S. Alberto-J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 1999, p. 147).

Ésta es la gran insistencia del Papa en este cambio de época: «La misericordia es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia. Todo en su acción pastoral debería estar revestido por la ternura con la que se dirige a los creyentes; nada en su anuncio y en su testimonio hacia el mundo puede carecer de misericordia. La credibilidad de la Iglesia

pasa a través del camino del amor misericordioso y compasivo. La Iglesia “vive un deseo inagotable de brindar misericordia”. Tal vez por mucho tiempo nos hemos olvidado de indicar y de andar por la vía de la misericordia. Por una parte, la tentación de pretender siempre y solamente la justicia ha hecho olvidar que ella es el primer paso, necesario e indispensable; la Iglesia no obstante necesita ir más lejos para alcanzar una meta más alta y más significativa. Por otra parte, es triste constatar cómo la experiencia del perdón en nuestra cultura se desvanece cada vez más. Incluso la palabra misma en algunos momentos parece evaporarse. Sin el testimonio del perdón, sin embargo, queda solo una vida infecunda y estéril, como si se viviese en un desierto desolado. Ha llegado de nuevo para la Iglesia el tiempo de encargarse del anuncio alegre del perdón. Es el tiempo de retornar a lo esencial para hacernos cargo de las debilidades y dificultades de nuestros hermanos. El perdón es una fuerza que resucita a una vida nueva e infunde el valor para mirar el futuro con esperanza» (Papa Francisco, *Bula de convocación del Jubileo extraordinario de la Misericordia*, nº 10).

¿Cómo seguir esta indicación del Papa, cuál debe ser la nueva forma de nuestro testimonio? Julián nos lo ha indicado en su última carta a la Fraternidad de CL citando a Don Giussani: «El acontecimiento de Cristo es la verdadera fuente de la actitud crítica, ya que esta no significa descubrir los límites de las cosas, sino captar su valor. [...] Lo que crea la cultura nueva y da origen a la verdadera crítica es el acontecimiento de Cristo. La valoración del poco o mucho bien que hay en todas las cosas insta a crear una nueva civilización, a amar una construcción nueva: así es como nace una cultura nueva, que es nexo entre todas las briznas de bien que uno encuentra, con una tensión por reconocer su valor y ponerlo en práctica. Se subraya lo positivo aun dentro de sus límites, y se abandona todo lo demás a la misericordia del Padre».

Hoy me apremia decirnos una cosa a todos, especialmente en esta rara ocasión en la que prácticamente todo el movimiento en España está reunido aquí (con la excepción de nuestras islas). Siento de un modo vivo que el Señor nos llama, a todo el movimiento, a una tarea histórica, única, en España. Estamos ante un momento decisivo de la historia de nuestro país. Después de años de erosión, de ayuno de los aspectos más profundos de nuestra persona, de autocensura de la religiosidad, de un uso limitado de la razón, nuestro país está lleno de heridas. Nos necesita más que nunca. ¿A quién encontrará delante? ¿A un juez severo, que enumera las faltas, sus raíces y consecuencias? ¿O al buen samaritano que se desvive por curar sus heridas? La gente necesita la belleza de nuestras vidas. Sea cual sea la circunstancia en la que vive, incluidas aquellas que un tiempo nos escandalizaban, la persona que tengo al lado necesita leer en nuestros ojos, aún más que en nuestros manifiestos: «tú eres un bien para mí». Me pongo de rodillas ante el Señor para mendigarle que nos conceda, en esta encrucijada histórica, ser parte de su caricia al mundo. Le mendigo que nuestra libertad se adhiera a esta misión que nos encomienda, que no sea un obstáculo. Os invito a ponerlos de rodillas un momento para mendigarlo.

Hemos leído en el evangelio que, después de un tiempo de convivencia, los apóstoles le dijeron al Señor: «Auméntanos la fe». Del mismo modo se lo pedimos nosotros hoy al Señor, después de años con Él. Una petición que coincide con el deseo de seguir el carisma, de seguir al Papa en la nueva forma del testimonio por amor al mundo.